

IÑAKI ALDEKOA BEITIA / MARTUTENE: LA ESCRITURA O LA VIDA

Con su última novela, *Martutene* (2012), Ramon Saizarbitoria cierra el ciclo que inició en 1995 con *Los pasos incontables*. Pero los personajes de *Martutene* no son los mismos de anteriores novelas, se han hecho mayores a la par que lo hacía el autor. Como no podía ser de otro modo, atrás han quedado muchos de los paisajes vitales y existenciales de novelas como *Los pasos incontables* (Espasa-Calpe, 1998) o *Guárdame bajo tierra* (Alfaguara, 2002), aunque no la estela dejada por sus personajes (Iñaki Abaitua y Julia), que renuevan su compromiso de narradores en esta. El autor modula su tono desde un plano reflexivo, docto y maduro, y permite la evocación e incluso la parodia de personajes e imágenes de aquellas novelas, como ocurre con *Amor y Guerra* (Espasa-Calpe, 1999), integrándolas de manera magistral en la sólida y transparente arquitectura compositiva de *Martutene*.

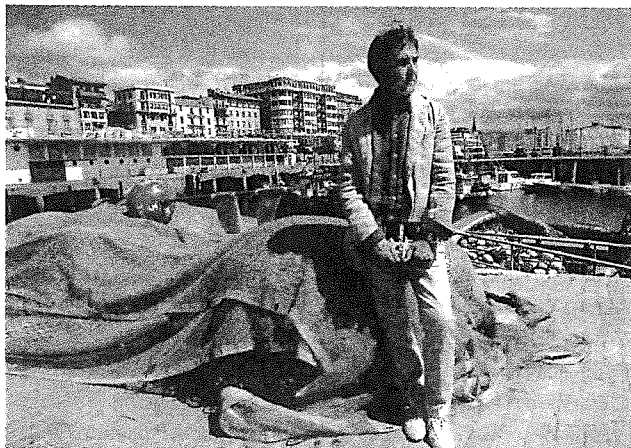
La personalidad compleja y melancólica de Iñaki Abaitua en *Los pasos incontables* se desdobla en *Martutene*, dando lugar a dos personajes muy diferentes entre sí: el ginecólogo Iñaki Abaitua y Martín, el escritor. El médico está del lado de la vida y, casi por imperativo deontológico, obligado a amarla; Martín, si bien con unos años más, sigue siendo el mismo escritor melancólico de *Los pasos incontables*. La que fuera pareja sentimental de Iñaki Abaitua en aquella novela lo será de Martín en *Martutene*.

La personalidad compleja y melancólica de Iñaki Abaitua en *Los pasos incontables* se desdobla en *Martutene*, dando lugar a dos personajes muy diferentes entre sí: el ginecólogo Iñaki Abaitua y Martín, el escritor. El médico está del lado de la vida y, casi por imperativo deontológico, obligado a amarla; Martín, si bien con unos años más, sigue siendo el mismo escritor melancólico de *Los pasos incontables*. La que fuera pareja sentimental de Iñaki Abaitua en aquella novela lo será de Martín en *Martutene*.

Los pasos incontables rememoraba las postrimerías del franquismo y los años de la transición. Uno de los planos de la novela conjuraba el trágico fusilamiento de Daniel Zabalegi, encarnación de Angel Otaegi, fusilado el 27 de septiembre de 1975. Esta efeméride, junto a las de 1789, 1813, 1931 y 1936 procuran el anclaje de algunos momentos determinantes en la memoria y la trayectoria literaria del autor, tales como la Guerra Civil y el bombardeo de Gernika.

Siempre la guerra

Los recuerdos que rememoran los combatientes de la Guerra Civil en la novela *Amor y Guerra* (1996) dejan de ser una suerte de música de fondo para pasar a formar parte de los lugares de la memoria de la guerra en *Guárdame bajo tierra*. No son pocas en *Martutene* las historias que nos remiten a lo que aconteció durante la Guerra Civil en los dos escenarios donde se desarrolla la trama de la novela: Martutene (a principios del siglo XX barrio burgués de San Sebastián) y Ozteta (nombre ficticio de un pueblo vasco).



Ramon Saizarbitoria.
© Javi Colmenero.

Los personajes principales de la novela proceden de Ozteta, donde contaban con casas solares o caseríos. Es el caso de los Goytisolo (la familia de Pilar, esposa de Iñaki Abaitua), que hicieron la guerra en el bando franquista, aunque gracias al padre se evitaron no pocos fusilamientos de nacionalistas y rojos en Ozteta cuando entraron los nacionales. La familia de Martín, nacionalista, vio cómo eran requisadas sus propiedades por los vencidos (los Goytisolo); o los antepasados de Julia, que procedían del caserío Etxezar, trasunto de «El huerto de nuestros mayores» (Saizarbitoria, 2002: 433-491), cuyo mundo cantó el poeta Lizardi, representante conspicuo de la religión y el nacionalismo vasco de la preguerra. Como ha dicho el autor en alguna ocasión, «debería enseñarse en las escuelas que, en la Guerra Civil, en el bando fascista había muchos vascos, más si incluimos a los navarros, y que por Euzkadi cayeron muchos que no eran nacionalistas. Eso tan simple nos ha sido sustraído» (*El Mundo*, 23-III-2002).

Según transcurre la novela, Julia (ex mujer de un etarra muerto) dejará atrás Etxezar para, en su particular «adiós a todo eso» (Graves, 2010), protagonizar uno de los momentos estelares de la novela: el adiós definitivo a la herencia ominosa de ETA. Lo que en «El huerto de nuestros mayores» se desarrollaba en un plano simbólico, en Etxezar lo hará en clave rigurosamente realista: pinares, herencias echadas a perder, borracheras y suicidios. Etxezar (la casa de los antepasados) acaba siendo pasto de las llamas, y, aunque se sienta culpable por ello, Julia no siente ninguna pena. Queda definitivamente atrás un mundo que no le evoca otro recuerdo que el de visitas a presos y enfermos que van y vienen de la cárcel de Martutene al Hospital provincial, lugares donde transcurre gran parte de la novela.

La trama de la novela

La novela arranca con la descripción que hace el escritor Martín de un sueño que le viene obsesionando de lejos. En la escena descrita en el prefacio de la novela se ve a una mujer joven sentada en el extremo de la cama y a un hombre adulto al lado con la mano posada sobre su hombro. No puede descifrar las caras de las dos figuras imaginadas en el sueño. Iñaki Abaitua, un ginecólogo entrado en los sesenta, y Lynn, una socióloga americana que está de paso por Martutene, pondrán cara a las figuras que perturban el sueño de Martín. Para ello Saizarbitoria cuenta con el concurso impagable de Max Frisch, el escritor sui-

I. ALDEKOA
BEITIA /
MARTUTENE...

zo autor de la novela *Montauk*. Así *Montauk* transfiere a *Martutene* parte de su arsenal: el personaje de Lynn, la joven protagonista que mantiene en *Montauk* una intensa aventura amorosa con el propio autor, o el guión de algunas de las peripecias que posibilitan el desarrollo de la trama, como el olvido del manuscrito en el despacho del médico, etc. A decir verdad, *Montauk* alcanza en la novela de Saizarbitoria la entidad de personaje de pleno derecho, toda vez que algunos de los personajes principales de la novela buscarán a cada paso paralelismos y estímulo en aquella, como si *Montauk* guardara las respuestas para muchos de los interrogantes de *Martutene*, aunque estos interrogantes se circunscriban por lo general al juego amoroso («You are a fortunate man»). No será Martín el afortunado destinatario de semejante elogio, ya que, al contrario de lo que ocurre en la novela del suizo, el escritor se postula pero fracasa en su intento; lo suyo será vampirizar todo lo que se mueve a su alrededor (Julia, su pareja sentimental, le insta a «no utilizarle para su literatura»), e, intimidado por el cáncer y la vida, se recluirá en la escritura y acabará agonizando en ella, fiel al clásico lema «*navigare necesse est, vivere non est necesse*».

Iñaki Abaitua, el segundo narrador, dista mucho de sentirse afortunado cuando Lynn aparece en su vida. Esta ve en él un hombre triste y abatido por el peso del mundo («Yo te vi solo, por eso me acerqué»).

Al igual que la relación entre Julia y Martín, también la de Pilar e Iñaki Abaitua transcurre en una suerte de atonía en la que la pareja se hunde a falta de oxígeno (alegría y deseo), un oxígeno que les había de insuflar Lynn.

La imagen de la joven hopperiana del sueño del escritor Martín en el prefacio de la novela se volverá una suerte de *leitmotiv* para los dos principales personajes masculinos de la novela (Abaitua y Martín). En efecto, el abrigo rojo que vestía Pilar el día que llegó a casa al amanecer aduciendo que se había quedado dormida en casa de su amante, se volverá un recuerdo doloroso pero recurrente para Iñaki Abaitua. En aquella ocasión, también Pilar se había sentado al borde de la cama y había repetido desolada aquel «Me he dormido».

También entre Julia y Martín se repetirá la escena hopperiana: «Me he dormido», «Me tenías abandonada», «Me voy», en tanto la mano del escritor se posa sobre su hombro. Y, cómo no, una escena como esta no podía ser desaprovechada por el escritor a efectos de un buen relato. Conviene recordar aquí algo que Marcel Proust supo plasmar con clarividente maestría, a saber, que en el amor, nuestro rival afortunado, que es tanto como decir nuestro enemigo, es también nuestro bienhechor. Si no tuviéramos rivales, el placer no se transformaría en amor. Porque es el dolor que se siente al recordar dicha escena lo que insufla la fuerza del amor. No era otro el ejercicio que realizaba Martín cada vez que sentía que se alejaba de Julia: sacaba del cajón la carta que el amante le había enviado a esta y leía la frase que lo llenaba de rabia y dolor.

A lo largo de veinticuatro capítulos en los que se van alternando ambos narradores, la presencia de Lynn proporciona a Julia el valor que le faltaba para empezar a ser algo más que un motivo de ficción y aspirar a convertirse en una mujer de carne y hueso. A Abaitua lo liberará de la pesada culpa que le impedía afrontar la vida de manera satisfactoria.

No obstante, los portadores de grandes beneficios son más tarde castigados y no con menor crueldad por el destino vengador. Lynn, un día ángel liberador, después ángel caído, no escapará al funesto destino que otrora sufrieron conspicuos liberadores de nuestro imaginario oc-

cidental: Prometeo, Edipo o Cristo. Como este, y al igual que Daniel Zabalegi (el protagonista de *Los pasos incontables* cuando lo fusilaron), Lynn tiene 33 años cuando sufre el «accidente» que marcará su destino.

Las raíces sentimentales del nacionalismo

Como se ha dicho más arriba, Iñaki Abaitua hace suyo el legado de la Ilustración, que desembocará en la Revolución Francesa (1789), y festeja el día de la proclamación de la II República (1931). No se pone en duda su espíritu republicano y liberal. Es también muy donostiarra y conoce cada rincón de la ciudad que un día, el 31 de agosto de 1813, fue maltratada, mancillada e incendiada por sus supuestos liberadores. La Guerra Civil, desde sus inicios hasta la rendición de Santoña, con los Intxorta y el bombardeo de Gernika como telón de fondo, han acompañado su dilatada andadura literaria hasta *Martutene*.

En esta novela el autor hace suya la invitación de Jon Juaristi a contar historias de nacionalistas. *El bucle melancólico* no aparece por casualidad en el primer capítulo en manos de Harri, la amiga de Julia y Martín y eterna candidata a ser incluida por el escritor como personaje en alguna de sus novelas: es Julia la que le ha recomendado el libro de Juaristi (traductor al castellano de *Los pasos incontables*). En efecto, *Martutene* narra infinidad de historias de nacionalistas de la guerra del 36. Padres y familiares de Julia y Martín, e historias de otros vascos, requetés y franquistas como los Leunda y los Goytisoló, respectivamente, irán desfilando a lo largo de la novela.

Iñaki Abaitua elogia a los gudaris que supieron perder la guerra con dignidad, sin cometer tropelías. Como decía el narrador de *Guárdame bajo tierra*: «Pero aprendí muy pronto a alinear mi corazón en el bando de los perdedores».

Martutene sigue la estela de anteriores interpretaciones acerca de la Guerra Civil: se había hecho la guerra sin apenas «ensuciarse». Durante la guerra, así como también después, los nacionalistas vascos tuvieron que oír que los gudaris se habían preocupado más de proteger a monjas y curas que de matar a fascistas, y que ellos, refiriéndose a los nacionalistas, no mataban, que, al revés, habían salvado muchas vidas, sobre todo de curas y religiosos amenazados por los rojos, etc.

Iñaki Abaitua había sido educado en la cultura de los perdedores, donde lo deseable era salvar la dignidad aun a costa de la derrota. Esta es la reflexión que se hace el narrador bajo la escultura de bronce en la que un ángel con las alas abiertas sostiene en sus brazos al soldado desnudo y muerto. El monumento erigido a los derrotados, a los vencidos (Gloria Victis), está en Burdeos, en la Place Jean Moulin, nombre del más famoso resistente francés que cayó bajo las botas alemanas.

Al calor de la emoción que irradia la visión de la escultura, el narrador evoca un pasado cargado de historias de nacionalistas y derrotas. Historias de las que, al contrario que su amigo Kepa («Ya le vale con la historia de la puta guerra», le espeta a su madre, en estado de alzhéimer avanzado), Iñaki Abaitua no puede sacudirse de encima, historias que le persiguen, y de las que, más adelante, su ángel benefactor, Lynn, se encargará de aliviarlo.

A través de Julia, de Martín y de Iñaki Abaitua, la novela mantiene un largo y profundo diálogo sobre el nacionalismo y su interpretación cultural, histórica y antropológica.

El escritor Martín y el médico Abaitua, los cuales se reparten a partes iguales el *alter ego* del autor, son nacionalistas, pero nacionalis-

tas *sui generis*, y cada uno lo es a su manera. Ninguno de ellos pondría el territorio por encima de las personas, ni enarbolaría el patético «nosotros somos mejores», ni sembraría la pedagogía del odio. El de Martín es un nacionalismo defensivo: lo sacan de quicio los petulantes que se sienten libres de todo prejuicio porque se saben de carrerilla las cuatro reglas del racionalismo, y no tienen otro objeto que herir los sentimientos de uno. Entiende que en su caso hay sentimientos que no superan la prueba de la razón, pero qué se le va a hacer, reconoce que no solo de pan vive el hombre. Paradójicamente, Martín gusta del barojiano Zalacaín (también porque el héroe lleva su nombre); es un neurótico con tendencia a la melancolía y de maneras a menudo displicentes, como cuando Julia le comunica que su hijo ha dejado el piano por el txistu y el escritor le recrimina que esa decisión se debe a que le está educando en el «folklorismo abertzale». Martín guarda en su casa un tomo de la Enciclopedia de los Ilustrados, pero escribe en euskera, y lo hace sin despreciar a poetas menores como Lizardi, de quien ha cogido prestado algún que otro título para sus relatos.

La novela también trae a la memoria historias de nacionalistas, los gudarís de finales de los años sesenta y primera mitad de los 70, como la de Eustaquio Mendizábal («Txikia»). Luego llegaron otros, que, «paso a paso» (los pasos incontables), como responde el propio Abaitua a la pregunta de «¿cómo se llegó a esto?», mataron a muchos y amargaron la vida del resto hasta hace cuatro días. Tampoco Abaitua se libró del miedo a que bajo su coche estallara una bomba. Berazadi, Madina, Teresa Hoyos, Miguel Ángel Blanco fueron las víctimas. No podían faltar en este macabro tablero de la muerte el funesto recuerdo de Galindo y su reguero de torturas y asesinatos.

En su reflexión sobre la modernidad de los vascos, como Unamuno, Abaitua considera que fue el primero de su linaje en bajar del monte para abrazar los principios de la Ilustración. Como aquel, cree que procede de un pueblo que ha llegado tarde a la cultura. Parecido sentimiento embarga a Julia cuando piensa que para sentirse cómoda entre la gente de Ozteta tendría que retroceder un siglo. Tal es la distancia que media entre los valores de la familia del pueblo y los de la Julia que va al estreno de una película sobre Max Frisch en el Festival de Cine de San Sebastián.

Iñaki Abaitua es un liberal en el sentido más pleno del término, pero seguramente, al igual que Martín, no soporta a la gente que por el hecho de no ser nacionalista se las da de cosmopolita. Como buen médico, opina que a Euskadi le ha sentado bien un tratamiento desmitificador para paliar los delirios históricos y patrioterros que entraña cualquier nacionalismo, aunque mucho se teme que la dosis aplicada haya sido excesiva y se haya acabado por arrasar la flora y la vida de sus arterias. Se pregunta si en el fondo no se trataba de poner al descubierto la mentira de los mitos para negar así la personalidad de un país.

Con un hijo que va a cumplir 15 años, Julia quisiera deconstruir los mitos, pero le gustaría hacerlo de la manera menos traumática y más pedagógica.

Abaitua no es ningún teórico ni erudito del nacionalismo, aunque, a instancias del autor real, sociólogo de oficio como Lynn, sí un fino observador de los comportamientos sociales de la gente de la calle, con quien en ocasiones conviene poner a prueba la teoría y certificar su grado de sensatez. Por ejemplo, a propósito del interclasismo de los vascos, no es que se invalide la máxima de quien ve esto como un puro mito, pero añade matices importantes a un racionalis-

mo ramplón y allega ejemplos de comportamientos que vienen a confirmar el arraigo de cierta manera de ser, o rasgos de un estilo de vida que no encuentran parangón en otros lugares.

Martín, Julia y Abaitua se emocionan al escuchar las viejas melodías cantadas en el país. Julia, emocionada hasta las lágrimas, siente que son esas canciones las que van sedimentando el poso de melancolía del que brotará el sentimiento nacionalista. Se trata de canciones que despiertan la nostalgia de la juventud (e incluso de la niñez), de lo que pudo ser y no fue... Ese es el abrevadero del sentimiento nacionalista al que ninguno de los tres está dispuesto a renunciar. Aun en los momentos de mayor efervescencia sentimental, siempre acudirá a su rescate la inevitable ironía del narrador, que se deja arrullar por la dulce y balsámica tristeza de la melodía mientras, al mismo tiempo, atempera su mensaje seductor. Abaitua cuenta el caso de una pareja irlandesa que, para asombro de los paisanos, llora por su patria, cuando lo que se cantaba era (supuestamente) una canción originariamente vasca.

La novela *Martutene* alcanza su punto álgido en el capítulo dieciocho, donde se reformula el viejo legado nacionalista y se equipa para un nuevo ciclo que inaugura el nuevo siglo. Con el nuevo vástago del caserío Sagastizabal nace también la esperanza de un nuevo futuro para nuestro país. Sagastizabal nos trae el eco de aquel otro caserío, el caserío Larrazabal, que, al igual que Sagastizabal en el corazón de Martutene, se ubicaba en Begoña (barrio de Bilbao), donde Sabino Arana expuso por primera vez su doctrina política. En la transposición de la «raza» al «azar» de unas relaciones en las que prima la hibridación social y cultural se cifra el cambio de paradigma. El nuevo huésped de Sagastizabal se llama Peru y su madre es peruana. Atrás queda un siglo de nacionalismo tradicional, pero no así el deseo de perdurar como pueblo y cultura.

Si el alumbramiento de Sagastizabal se llevó a cabo como se hizo, fue gracias a la feliz expiación a la que se sometió Abaitua bajo el auspicio de Lynn y al apoyo reconfortante de Teresa Hoyos, nombre que condensaba para Abaitua la vergüenza de su culpa. De estas dos mujeres recibe el coraje necesario para contravenir la hipocresía de la clínica en la que trabaja como médico y permitir el nacimiento de Peru respetando el deseo de su madre peruana. Cuando se brinda por el recién nacido, su padre le desea que sea un vasco de verdad; Abaitua se pregunta qué significará eso, y le desea de su parte que sea un hombre libre.

Tras este feliz acontecimiento de Sagastizabal, liberador de tanta culpa y miseria, asistimos a un episodio epifánico en el que la vida (y el futuro) se le manifiesta a Lynn en su sencillez natural y transparente, sin recuerdos para el temor o el misterio: «Todo se le hizo fácil y sencillo de comprender, el amor, la vida, todo lo encontraba bello, el río, el valle...».

Pero la novela continúa, y lo hace como la vida, que, en su azaroso devenir, juega con la dicha y el infortunio.

I. A. B.—UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO-EHU

Bibliografía citada:

- GRAVES, R. (2010): *Adiós a todo eso*, Barcelona, RBA.
 SAIZARBITORIA, R. (1998): *Los pasos incontables*, Madrid, Espasa-Calpe.
 — (1999): *Amor y guerra*, Madrid, Espasa-Calpe.
 — (2002): *Guárdame bajo tierra*, Madrid, Alfaguara.
 — (2012): *Martutene*, Donostia, Erein.